

# La Acción Socialista

PERIÓDICO SINDICALISTA REVOLUCIONARIO

Aparece el 1º y 16 de cada mes

Número suelto 10 cts.

Redacción y Administración: SOLÍS 924

1º DE MAYO

Las décadas ha que esa fecha tiene una significación revolucionaria. Y en ese breve lapso de tiempo, el proletariado supo darle un realce universal, supo hacer de ella una de las más grandes fechas, que son citas para que toda la humanidad esclava manifieste en el mismo instante, en todos los lugares de la tierra, desde el Quebec a la Patagonia, desde Gibraltar al Caspio, en Extremo Oriente y en la Oceania en medio del Pacífico, su estado de ánimo adverso al régimen bárbaro de la supremacía del parasitismo sobre la producción, y su capacidad y su fuerza destructora y creadora.

El 1º de Mayo en su significación es hijo de la actividad de la clase obrera, nacida al calor de sus luchas fecundas. Esa fecha simboliza días de conquistas proletarias, días de combate. Su origen no se encuentra en un vago sentimentalismo, sino en el esfuerzo obrero pugnantando contra la explotación capitalista, para lograr una conquista, para imponerle una reivindicación, bienhechora en alto grado para el proletariado, tanto en el orden material como en el moral y revolucionario. El origen del 1º de Mayo lo hallamos en el esfuerzo proletario, realizado para conquistar la jornada de ocho horas. Su origen es de lucha y de conquista obrera.

Su génesis, su curso lo es igualmente. Cada año en esa fecha miles y miles de productores se lanzaban a la lucha para arrancar algo de lo que les pertenecía, de las garras capitalistas. Su génesis es de lucha, de conquista, de sangre y de fuego.

En ese día parece que los antagonismos de clases se concretan, se condensan y las fuerzas de la burguesía y el proletariado se colocan frente a frente, en son de guerra, surgiendo de esa condensación y despliegue de energías, choques terribles, muchas veces sangrientos. Es un día de movilización universal de las fuerzas proletarias que, como reacción, produce la movilización de las fuerzas coercitivas de la clase capitalista.

Las luchas obreras de todo el año tienen su eco formidable en ese gran día de revuelta universal obrera. Es la celebración estrepitosa de las luchas y las conquistas, por medio de otras luchas y otras conquistas. El proletariado no celebra sus batallas con fuegos artificiales, sino que las celebra librando nuevas batallas, que mermando y cercenando los derechos y los poderes de la clase contraria, tendiendo a reducirla y anularla.

Esa es la celebración más viril que clase alguna de la historia haya hecho de sus acontecimientos. Y eso es privilegio de una clase fuerte como la productora.

Por eso la celebración del 1º de Mayo es cada vez más grandiosa, más intensa y más extensa: porque cada vez hay más que celebrar, con más y más luchas.

Y el resultado de todo eso no puede ser más espléndido. La familia productora se concentra en el seno de sus organismos de clases y se desliga del mundo de la explotación, realizando así, un rompimiento necesario y provechoso para la lucha entre las clases y para su desarrollo.

Aparejado a la acción constante viene la conquista de mejores condiciones de vida, que darán lugar a la capacitación intelectual de la clase obrera.

Todo eso es en evidente perjuicio de la burguesía, que ve limitado su poder por una fuerza que antes obedecía ciegamente. Ya en sus propios dominios, en su propia casa, en sus fábricas, talleres y en todos los lugares de trabajo, encontrará un control, encontrará quien a su voluntad ponga otra voluntad, la obrera, que irá desarrollándose hasta anularla en el campo de la producción y en todos los campos de la actividad humana.

El 1º de Mayo es un día de lucha y dado que la lucha significa liberarse, aunque sea moralmente, de la explotación, ese día es de emancipación.

En ese día el proletariado abandona a la burguesía, demostrándole su incapacidad para la producción cuando falta el brazo obrero. La nulidad de la burguesía se evidencia, evidenciándose también el rol indispensable, irremplazable del proletariado para surtir la fuente de la vida, la producción. Las potencias se pesan y se revelan tal cual son.

La potencia obrera ensaya con provecho el emanciparse, haciéndose libre de la dura tarea. Ensayo una huelga general y universal que hace temblar en sus bases a la burguesía y todos sus poderes.

Ensayo que solo es capaz de hacer la clase obrera. Jamás la historia nos revela

un hecho semejante. Un acontecimiento que se universalice tan prodigiosamente como la fecha obrera. Y es porque esta clase no reconoce fronteras, á no ser las fronteras que dividen las clases, no reconoce doctrina determinada, no reconoce razas, no reconoce diferencias que no sean las de clases. Por eso sus sentimientos son internacionales. Donde hay explotados allí existen los mismos sentimientos. Por eso el 1º de Mayo se internacionalizó con una rapidez prodigiosa, original.

Esa fecha es de lucha, de guerra a la clase parasitaria y de fraternidad de los pueblos que se confunden en una inmensa aspiración de redención, tanto el corporativista alemán como el sindicalista francés, tanto el reformista danés como el anarquista holandés. Es un día de lucha entre las clases y, por consecuencia, desaparecen las luchas de regionalismos y de tendencias. Las únicas fronteras que se forman, que se definen, son las que existen entre los que roban y los que son robados del producto de su trabajo.

El alma gigantesca del proletariado hoy piensa en la lucha del pasado, ve la del

presente y adivina la del porvenir. Y ve que las clases luchan cada vez más unidas y compactas, y adivina que en el porvenir la obrera debe presentarse como un solo block, ante todos los medios de coerción. Adivina que en el porvenir desaparecerán los odios entre los proletarios, presagiando una sociedad de productores libres, grandes de alma y sin rencores que empuñen.

Y los sentimientos proletarios de rebelión al orden de cosas existentes, se exteriorizarán en los desórdenes sangrientos de las poderosas ciudades rusas, en el abandono pacífico del trabajo en las ciudades de Alemania, en los monstruosos *mitins* de las ciudades italianas, francesas, belgas, inglesas, argentinas, etc.

Y desde el Quebec a la Patagonia, desde Gibraltar al Caspio, la mente obrera verá los primeros gérmenes del 1º de Mayo que se echaron dos décadas ha, convertidos en nuevos y robustos principios de una vida mejor, convertidos en una nueva sociedad que se está desarrollando en el seno de la burguesía y que, después de suplantarla a ésta, hará de los humanos, seres hermanados entre sí, que marcharán en busca de mejores destinos y de perfeccionamiento sin fin.

formas—la separación de la Iglesia del Estado, el impuesto sobre la renta, y las pensiones obreras—, respectivamente interesando a la parte moral, religiosa, al régimen fiscal y a la cuestión económica, con las cuales se había anunciado y presentado el nuevo ministerio.

He ahí, pues, llegado el momento de la acción. Y he ahí también llegado—agregó el orador—al punto culminante, al apogeo de la república burguesa; el punto terminal de una evolución, es el punto inicial de una resolución, el punto con el cual se agota la serie de los ministerios á base capitalista, y más allá del cual no irá, no podrá ir la república burguesa.

Es la suprema partida que la burguesía juega, con Clemenceau. ¿Quién la ganará?

El orador expresó su convicción de que la partida no podrá ser vencida por Clemenceau; que éste deberá necesariamente sucumbir en el choque definitivo, que habrá de producirse alrededor de las tres grandes reformas; y para demostrarlo pasó á analizar minuciosamente y sucesivamente la ley de separación, el impuesto sobre la renta y las pensiones obreras.

## Las grandes reformas.

La ley de separación está condenada con anticipación.

Ley de incoherencia la llamó el mismo Clemenceau en un momento de ruda francesa. Pero no basta: esa ley es una locura, una estupidez.

Ella declara que el Estado *ignora*, de ahora en adelante, los cultos; que nada más de común existe entre la sociedad civil y la religión; que entre el Estado y la Iglesia el concordato está roto, el divorcio cumplido. Pero luego, inmediatamente, se apresura á excluir de la organización de los cultos cualquier otro ente que no sea el Estado.

Ella suprime todo *presupuesto* de cultos, pero luego—bajo el nombre de locaciones, pensiones, reparaciones y altos eufemismos—lo restablece en sus dos tercios (2/3 sobre 41 millones). Ella declara, en fin, que los bienes de las iglesias deberán volver al Estado, á los departamentos, á las comunas, pero encuentra el modo de que aquellas continúen gozándose.

Evidentemente la separación es de dominio moral y no jurídico—lo que no ha comprendido el Estado—; es, pues, vano hacer leyes, separar ó suprimir mientras la iglesia y la religión tengan prisioneros con el misticismo.

El impuesto sobre la renta es otra mistificación, otra comedia.

Si es cierto—como lo reconocen los propios economistas burgueses—que el capital es por sí mismo incapaz de crecer y multiplicarse; que para esto es indispensable la colaboración del trabajo; que la renta, entonces, es un producto del trabajo y no del capital; si así están las cosas y si—como también se ha demostrado—el comerciante, el dueño de casa, el capitalista pueden siempre descargarse del impuesto echándolo sobre las espaldas del consumidor, del inquilino, del obrero, es claro que gravar el provecho bajo cualquiera forma (acciones, obligaciones, renta, beneficios, etc.), es siempre gravar el trabajo, sobre cuyas espaldas, en definitiva, vendrá á caer todo el peso.

Así pues, esta es una reforma condenada á la impotencia, un puro y simple juego de espejos.

## ¿Y las pensiones obreras?

Un fino y amargo espíritu humorista las llamó, *las pensiones de los muertos*, no de los vivos; en efecto, ellas tocan al obrero de 65 años, cuando ya está muerto ó agonizante.

Dichas pensiones son creadas ó alimentadas con tres contribuciones: la del Estado, la de los patronos y la de los obreros, en la medida de un tercio por cada una; pero es fácil reducir las dos primeras á la tercera, demostrando que quien paga, en último análisis, también aquí, es siempre el obrero.

## Sindicalismo revolucionario

Así examinada la situación interior, pasó á estudiar la situación exterior, y, prospectando el peligro de una guerra entre Francia, aliada de Inglaterra, y Alemania, declaró que la clase obrera, la cual ya ha echado las bases de un acuerdo internacional y quiere firmemente la paz, sabrá estar pronta para oponerse á la orden de movilización y para impedir la guerra con todos los medios, comprendidos la deserción, la insurrección y la huelga general.

Llegado á este punto, el orador pasó á discurrir sobre los medios y las armas de la lucha obrera, que él ve potentes y formidables en el *sindicato* y en la *cooperativa*, correspondientes á las dos funciones, á los dos actos fundamentales de toda vida humana: la producción y el consumo; y conte-

## Gran conferencia de Sebastián Faure

LA TERCERA REPÚBLICA Y CLEMENCEAU

El mérito propio de la conferencia de Faure bastaría sobradamente para justificar su reproducción en nuestro periódico; pero á la par de responder al propósito de ofrecer tan hermoso elemento de estudio é ilustración, también hemos querido contribuir al mayor prestigio de la *nueva escuela*—el sindicalismo revolucionario— que congrega en sus filas á todo el elemento más concienzudo y capaz, venidos de las distintas escuelas anárquicas y socialistas.

Se sabe que Faure ha sido un idealista y un lírico; su evolución es, pues, por demás perceptible. Y la circunstancia de tratarse de una de las primeras cabezas del partido anarquista, puede ofrecerse como poderoso estímulo á los simpatizantes del sindicalismo de procedencia anárquica, así como un llamado á la colectividad anarquista del país, á que estudie, á que medite, y no se obstine en su sectarismo chocante y mediocre.

Lo que publicamos de la conferencia de Faure, es una crónica de la misma aparecida en *L'Azione* de Roma, y debida á la pluma del sindicalista revolucionario *Dr. Alfredo Polledro*.—DE LA REDACCIÓN.

El gran orador anárquico, Sebastian Faure ha dado, en el teatro Chave, repleto de público socialista y anárquico, una grandiosa conferencia sobre el tema: «El ministerio Clemenceau».

La conferencia—que fué á beneficio del instituto modelo de educación libertaria, creado y sostenido por Faure, su célebre «Ruche» (Colmena)—no solo llegó á ser un acontecimiento y un goce intelectual de primer orden para el numerosísimo auditorio, sino también una magnífica lección de historia y exposición de principios, de gran interés político, dado el tema desarrollado y el momento histórico de la Francia.

El discurso de Faure—que es orador de maravillosa claridad, concisión y vigor, no menos que colorido y elegante—fué todo una requisitoria aguda, violenta y en más de un punto paradójica, pero fundamentalmente justa y siempre eficaz, contra la política de la tercera república francesa y del actual ministerio Clemenceau.

Empezó, trazando con grande rapidez y sobrias líneas, (sintetizando en el giro de pocas frases), toda la historia, de treinta y seis años de régimen republicano, toda la sucesiva evolución conservadora, oportunista, radical y en fin, radical-socialista de la república burguesa.

Evocados con su palabra sapiente, coloridos con su arte sobrio cuanto eficaz, desfilaban ante nuestra vista como en una sucesión cinematográfica de cuadros—todos los

grandes hechos y momentos de la historia política y parlamentaria francesa, de la catástrofe del imperio al advenimiento de Clemenceau, de los escándalos del *affarismo* colonial republicano, que tienen por nombre Panamá, Tonkin, Tunes, Madagascar, y del aventurero, hosco, amenazador período del *boulangismo* á la acción de reforma y de restauración republicana de Waldeck-Rousseau, Combes, Rouvier y Sarrien, y á la era de las grandes reformas, inauguradas con Clemenceau.

«Régimen odiosamente vil y escandalosamente hipócrita», definió al régimen instaurado sobre las humeantes ruinas del imperio, y caracterizó al oportunismo triunfante como «el arte que consiste en prometer todo y nada mantener» (*Prometter, lungo con l'attendere corto*, habla dicho, ya, Dante). Luego sintetizó paradójicamente todo el programa de la minoría política en la única aspiración de llegar á ser mayoría y gobierno, á cualquier medio; y aquel de la mayoría en querer permanecer tal, igualmente *coûte sur coûte*, según el principio maquiavélico de que el fin justifica los medios; y concluyó, pesimísticamente, que la política, que toda política es *exo*.

El orador se detuvo particularmente en el período caracterizado por el antisemitismo y el asunto Dreyfus—que no fué solamente la cuestión personal de un hombre, pero aquella de la libertad y de la justicia—y reivindicó enérgicamente la noble, valiente, á la vez que violenta participación de los anárquicos, á quienes no tocaron en recompensa ó en sinecua, ni mandatos legislativos, ni carteras ministeriales, que ellos, por otra parte, no habrían querido. (Esta alusión al ministerio Piquart, fué reafirmada con fragorosos aplausos).

Enseguida, delineó la formación—ocurrída durante y después de aquel laborioso período que tomó su nombre en el asunto Dreyfus—de los dos grandes bloques de derecha y de izquierda, comprendiendo el uno á todos los reaccionarios, los radicales, los oportunistas, y el otro á todos los elementos no refractarios al movimiento del progreso y al sentimiento de la justicia.

## Ministerio Clemenceau

Y así llegó á las elecciones de mayo de 1906, que fueron un triunfo para la izquierda: triunfo que ha permitido el gran experimento político y social de Clemenceau. Jamás nunca un hombre había subido al poder en condiciones más favorables: dotado personalmente de cualidades no comunes, de carácter como de voluntad, de temperamento como de preparación intelectual, rica y fuerte, ya favorablemente conocido como orador, escritor y parlamentario, él era por sí mismo un programa y tenía detrás de sí un partido considerable por su cantidad, sino por su calidad; además, había sido elevado al gobierno por la unanimidad de los sufragios republicanos, y había podido libremente elegir sus colaboradores entre los más distinguidos parlamentarios. Todo, por consiguiente, secundaba y facilitaba la realización del gran programa democrático y social, con las tres grandes re-

nando en sí y en germen todo un mundo nuevo, opuesto al mundo burgués, que será el mundo de mañana.

En el sindicato y en la cooperación se forma la nueva educación económica y moral de los trabajadores, su habilitación para ser mañana los gestores de la producción y los hombres de una más alta civilización.

En tal virtud, invitó los trabajadores a la organización y a la lucha sindical, sobre cuyo terreno, ningún compromiso, ningún equívoco es posible: terreno exclusivamente económico y terminó con una alada, lírica descripción de la hora crepuscular, hora última y siempre más cercana hora de sangre y de ansias, severa y áspera en que ocurrirá la caída tremenda de la sociedad burguesa, y a la cual seguirá la llameante, la radiosa aurora de la sociedad libre y justa.

El poderoso discurso en su espíritu y en su complejo sindicalista, del más puro sindicalismo continuamente interrumpido por aplausos, y al final de su lírica terminación, coronado por una ovación, fué seguido de un largo é interesante contradictorio con algunos socialistas reformistas.

pués dirán, que son otros los que niegan las ideologías!

Hace tiempo que «La Protesta» permite en sus columnas los insultos personales, y también los ataques velados y malévolo. Pero no permite contestación alguna. Los jueces burgueses permiten la defensa; sea ésta real ó ficticia hacen lugar a ella. Los jueces, *sui-diant* anarquistas de la *seudo* anarquía no permiten la libre emisión del pensamiento.

Está dada la voz de alerta. He aquí el escrito que la redacción de «La Protesta» se negó a publicar:

POR LA VERDAD

A Aristides Ceccarelli.

Me extraña sobremanera como comentas la controversia que tuvistes en La Plata con el obrero Luis Bernard. Veo que tu apasionamiento y la falta de sinceridad obscurece la claridad de las cosas. Después de la exposición hecha por Bernard sobre la organización obrera, de una manera tan brillante que yo francamente no esperaba, tu mismo digistes, sin poder atacar ningún punto de la disertación, que si todo lo expuesto por Bernard era sindicalismo TU TAMBIÉN ERAS SINDICALISTA.

Luego seguistes hablando y no hicistes más que afirmar la acción de la organización obrera. Pero he aquí, que algunos de los compañeros de La Plata, se desilusionaron cuando vieron que la controversia no era lo que ellos esperaban. Creyeron que se iban a encontrar con dos hombres que concluirían a puñetazos. Tu no supistes seguir sosteniendo lo que afirmastes al principio de tu réplica a Bernard y entonces te fuistes por los cerros de Ubeda. Yo entonces hible cuatro palabras y dije que si los obreros antes estaban divididos por la cuestión de la lucha política y era una razón fundamental, hoy, no había razón de estar divididos con quienes no aceptan la lucha parlamentaria, por razones de ideologías abstractas, como pueden ser esas que tratan de querer establecer la forma de la sociedad futura, como puede establecer en un plano, un ingeniero, la forma de levantar un edificio. Esto es la negación del materialismo histórico y la afirmación de un concepto que brota de cerebros infantiles impregnados de una literatura morbosa. Luego, dije, después de las replicas que intentaron hacerme, que yo estaba dispuesto a sostener una polémica al respecto y entonces erce que tomaran mi domicilio para sus efectos. Si yo hubiera seguido hablando, me habría sido imposible definir algo porque pasaba lo que pasa siempre, que en vez de ser los nombrados quienes deben hablar, son los demás quienes polemizan.

Por lo demás, debo decirte que no creía que tu tupé llegara hasta el punto de afirmar una cosa incierta como ser, que me has invitado alguna vez a polémica. Es incierto; jamás has hecho eso. ¿Quieres seguir pasando por un *bravo*? Muy bien, pero mira que tú te contradices. Ayer aceptabas la organización a medias, hoy, según manifestastes en la controversia, la aceptas en todo. También en un artículo que me dirigistes, declarastes que tu aceptabas el sindicalismo francés por ser este de un carácter libertario. Ahora bien, si te parece que es digno únicamente de titulados anarquistas el de hacer obra sana en el movimiento revolucionario, nada me importa de los que vociferan y macanean. Hay muchos que no quieren aparecer como titulados anarquistas y lo son titulados en realidad porque hacen obra sana y que únicamente pueden alegrar a la clase capitalista. Estos denigran al ideal que sustentan.

Concluyo manifestando, que como yo tengo el valor de mis convicciones, para los que me quieren envolver con la diatriba y la calumnia, yo obro conforme con lo que dice el mismo vate florentino: «No ti curar di lor, ma guarda e passa».

ANTONIO MARCONI.

¿CUAL ES EL FIN?

Continuamente se nos dijo que las sociedades gremiales tienen que llevar un fin. Con motivo de la celebración del Congreso de Unificación, hemos llegado a tener la certeza de ese fin, que es un fin partidista. La orden del día que habla del comunismo anárquico, dice que las sociedades gremiales tienen que hacer propaganda de ese credo. Luego, el fin de las organizaciones obreras es la propaganda del mismo, según la orden del día.

Nada más absurdo ni más mezquino que reducir la organización de una potencia formidable como la del proletariado, que lleva en su seno el germen de una nueva civilización, a un instrumento de soca, a un auxiliar de partido ó tendencia, pues eso equivale a considerarlo como una fuerza material sin voluntad propia, como un cuerpo sin una psiquis correspondiente. Ese concepto pobre de lo que es y lo que puede ser el proletariado constituido en clase, formando una personalidad íntegra, es lo que induce a creer a muchos que es necesario inyectarle algo de un credo para que tenga fuerza.

Así considera la resolución del comunismo anárquico, cuando, por el contrario, eso es negarle todas las grandes virtudes revolucionarias a la organización sindical, que

es la entidad natural y genuinamente productora y revolucionaria, para adjudicársela a organismos que tienen en su seno un elemento tan heterogéneo, desde el capitalista al obrero, desde el periodista al rentista, que le quita toda naturaleza revolucionaria observada desde el punto de vista de las condiciones materiales y, por consecuencia, morales.

El proletariado constituido en clase resulta así, como un menor de edad, como un idiota ó como una bestia a la que hay que llevar del cabestro. Y siempre los sectarios, los partidistas lo consideraron de ese modo, hablando del *montón* en el tono más despreciativo. Siempre trataron de llevarlo para que sirviera a un fin de tendencia.

Ahora el fin, para una parte, es la propaganda del comunismo anárquico, como en otros países es la lucha electoral. Y como el fin de los partidistas es servir, de la organización para sus propósitos de partido, no les importa mucho que sus pretenciones desgasten a la misma, y tanto menos si tienen algo de lo que se dió en llamarse individualismo.

El peligro para la organización y su porvenir en la Argentina está en eso, en el partidismo que quiere someterla a su dominación.

La organización por lo tanto debe eliminarlo de su seno, afirmando su capacidad y su superioridad para conducir la lucha y para realizar la emancipación del proletariado.

La tarea es árdua, pero es provechosa y necesaria.

Persisten en la brecha

Se recordará la heroica campaña—constituye una de las páginas más bellas de la historia obrera—realizada por los obreros franceses, lanzándose el 1° de Mayo p. p. a una gran huelga general en demanda de las ocho horas.

Se recordará, también, la honda repercusión que tuvo en todo el mundo capitalista y la profunda impresión de terror que se apoderó de la burguesía francesa.

Pues bien, el experimento va a ser repetido; de nuevo el combate va a ser provocado; la C. G. del T. incita a interponer la demanda de las ocho horas, de un modo universal, este 1° de Mayo, afirmando su voluntad con la huelga general, con el trascurso durante el mayor tiempo posible de la economía capitalista.

Una vez más el vendaval iracundo de la voluntad y de las pasiones obreras, va a sacudir, con sacudimiento de muerte, el cuerpo conturbado y tembloroso de las viejas clases dominantes.

Y esta vez el movimiento parece que asumirá, por lo menos, un aspecto más expone-táneo, más enérgico, como consecuencia lógica de una práctica repetida, según la propia opinión de los interesados, y a juzgar por las circunstancias actuales de gran tirantez con el Estado y de saludable encono en ambas partes.

De todas maneras, los trabajadores del mundo entero, recibirán otra vez, una nueva lección de alta conciencia obrera y de heroica decisión para la lucha, tanto más querida cuanto más intensa.

Nadie a igual de los trabajadores franceses ha enseñado en los hechos, como la emancipación proletaria solo puede ser el fruto de un poderosísimo esfuerzo realizado a base de sacrificio y de sangre.

Publicamos en seguida el manifiesto lanzado por la Comisión respectiva de la C. G. del Trabajo.

MANIFIESTO DE LA COMISIÓN DE LAS 8 HORAS, DE LAS HUELGAS Y DE LA HUELGA GENERAL.

Camaradas:

Henos aquí de nuevo en vísperas del 1° de Mayo.

Es menester, y el congreso de Amiens lo ha resuelto así, que todos los sindicatos se preparen desde ya y hagan un supremo esfuerzo para dar a la gran jornada proletaria su máximo de intensidad.

Es necesario, una vez más, que los trabajadores económicamente organizados, muestren su fuerza y su poder.

Es necesario, es indispensable que en cada organización, en todos los centros obreros y según las circunstancias, los trabajadores, en todos los lugares del país presenten sus reivindicaciones al patronato, especialmente en lo que concierne a la reducción de las horas de trabajo y la *jornada de ocho horas*.

Afirmando su voluntad por un paro unánime, los trabajadores darán una vez más al gran día obrero su verdadero objetivo, su suprema significación de jornada esencialmente proletaria.

Pero es necesario para esto dar al 1° de Mayo, no el carácter de una fiesta, pero al contrario, de una poderosa é imponente manifestación anticapitalista.

Es solo enervando, recordando, lo más amenudo posible, al patronato nuestras principales reivindicaciones que llegaremos a obtener las mejoras susceptibles de permitirnos preparar el advenimiento de una sociedad mejor.

Que en todas partes el proletariado se levante, que por un común acuerdo sean derrotadas las usinas, los talleres y las fábricas, tomando como plataforma común la *jornada de ocho horas* a la cual se agregará

el *Descanso semanal* ó la disminución de las horas de trabajo según los casos.

La obtención unánime de la *jornada de ocho horas* es el preludio indispensable a todas las otras mejoras.

Para dar al 1° de Mayo su verdadera significación, es indispensable que todos participen.

Es necesario que, jóvenes y viejos, mujeres y niños, concurren a las reuniones y manifestaciones organizadas.

Que en todas partes el *paro sea general*. Que inspirándose en las necesidades y en las condiciones de lugar, las organizaciones confederadas preparen y organicen la gran manifestación proletaria que una vez más, mostrará a los agentes de la sociedad capitalista que los trabajadores son una fuerza a la cual nadie podrá resistir cuando ellos lo querrán. La *jornada del 1° de Mayo* está destinada a recordárselo.

Organizaciones confederadas, demostremos en todas partes a nuestros explotadores que nosotros estamos unidos.

Impurezas del movimiento obrero

Estamos presenciando un fenómeno, cuyas causas determinantes han sido originadas por los teóricos profesionales del socialismo legalitario y del anarquismo espiritualista; y cuya eliminación del movimiento obrero se hace sentir para que no obstruya su fecunda y práctica labor.

No hay mal que por bien no venga—dice el adagio español—y si bien es cierto, que ha sido deplorable el no haberse unificado las fuerzas obreras, en cambio hemos descubierto los enemigos conscientes, ó no, que se oponían a la fusión.

Es un bien, por otra parte, pues así la fusión que forzosamente se ha de realizar, será sólida é imperecedera, debido a la eliminación, de estos agentes disolventes del movimiento obrero, que se muestran en su seno y conspiran contra él.

Hoy que son conocidos será más fácil combatirlos, haciendoles entrar en razón a los inconscientes y eliminando a los de mala fé y poca voluntad.

Los insultos y diatribas gratuitas, las invectivas y mistificaciones, son argumentos pocos sólidos, que solo en el cerebro de los inconscientes tienen entrada, pero, entiéndase bien, provisionalmente.

Estos más tarde ó más temprano llegan a penetrarse, a convencerse de que parte estaba la verdad.

Todo consiste para destruir el engaño, en la intensa propaganda que realicemos mostrándoles, una vez más, que nosotros no divulgamos, ni inventamos teorías, más ó menos hermosas, sino que por el contrario, les trasmitimos el fiel reflejo de los hechos, realizado por el proletariado en su lucha contra la burguesía.

Para destruir los falsos filósofos no es necesario eliminarlos del contacto de la vida humana.

A estos inconscientes ó degenerados enemigos del proletariado, se les elimina combatiendo la ignorancia del pueblo obrero.

No hay palabras suficientes en ningún idioma, para expresar la condenación de los que han combatido sistemáticamente la fusión, y de los que siguen combatiéndola.

¿Buscar pretextos para desunir la fuerza obrera!...

Es lo más odioso é infame, es el delito mayor que un asalariado puede cometer.

¿Por qué? ¿que causas les impulsan a ello?

En la mayor parte de las veces por — el *yo*—por una teoría, no analizada, no comprobada por el mismo proletariado en lucha, que se pretende pase el tiempo en saborearla.

El proletariado tiene un concepto de la finalidad y para conseguirla lucha revolucionariamente por la acción inteligente y combinada de su organización.

Pero los ideólogos sin espíritu de observación pretenden, que el movimiento se alimente de pámplinas teóricas, con las cuales se consigue una *rentaja*: la desorganización y desorientación, del terreno práctico y revolucionario del sindicato, base de la conquista y futura emancipación obrera.

Nosotros los sindicalistas, tenemos la conciencia tranquila de haber trabajado y coadyuvado, sin fines egoístas, sin objetivos personales hacia un hecho hermosísimo, trascendental y práctico, como era la unión de todos los trabajadores revolucionarios, bajo esa bandera de un solo color, símbolo de la igualdad, fraternidad y solidaridad obrera universal.

A este fin se han dirigido todas nuestras mejores energías, y hacia este mismo fin se dirigirán las que nos queden, seguros de que el éxito coronará nuestro modesto, como entusiasta y desinteresado esfuerzo.

Se nos acusaba de empresarios políticos, bajo el disfraz revolucionario, por unos; de charlatanes y gimnastas revolucionarios por otros.

Nada nos amedrababa, impertérritos y perseverantes marchábamos consecuentes y confiados con el movimiento obrero.

Nada de teorías sin análisis; nuestro maestro será, no el teorizador anarquista ó el utopista legalitario, sino el movimiento obrero, la acción revolucionaria de los trabajadores, en su sociedad de oficio intensificándose por la huelga general, robustecida por la consciente solidaridad.

Nuestra escuela es la organización obrera;

Vertical text on the right edge of the page, including fragments like 'LUCHA C', 'El movimiento', 'los obreros', 'la fusión', etc.



sus acciones son la acción revolucionaria que ellas ejecutan, como la última huelga general, gran ejemplo práctico de rebeldía contra la burguesía tiránica y explotadora; por demás mentis á los individualistas y anti-organizadores anárquicos, como así mismo á los socialistas legalitarios, enemigos de la huelga general.

Estos últimos una vez más, cantan la acostumbrada polinodia. Ya no es la acción política, la fuerza directriz del movimiento obrero!

Ahora es la acción del sindicato. Los sindicalistas, charlatanes y ginnastas revolucionarios de ayer, son los prácticos de hoy.

Lo mismo ha de sucederle á los ignorantes sectarios del anarquismo teorizador.

El movimiento obrero cual torrente impetuoso, va formando ríos, los cuales en sus orillas, dejan todas las impurezas y obstáculos, para que sus aguas lleguen puras á ese mar grandioso, en donde se reunirán todos los trabajadores, todos los explotados, para unidos emanciparse y ser libres; en cuyas aguas no habrá tempestades ni miserias humanas, sino la más dulce fraternidad y perfecta igualdad económica.

Sigan pues nuestros detractores inconscientes y sistemáticos queriendo apagar la antorcha luminosa de la verdad.

Sus esfuerzos serán vanos como vanos y pobres de espíritu son, los que pretendan apagar el sol de un solpo.

La bancarrota de los teóricos del socialismo legalitario y anarquismo espiritualista, la decretó el movimiento obrero ha tiempo.

Para eliminarlos definitivamente de su seno, falta solo la fusión, y esta no tardará en venir, cual nuevo mesías, para poner paz en la familia obrera y poder luchar unidos contra el enemigo común - la burguesía!

R. A. DEL R.

LUCHA GILIMONIANA

El manso Gilimón en el número de «La Protesta» correspondiente al 21 del mes próximo pasado, la emprende agresivamente contra una afirmación del compañero Marconi respecto á la lucha de clases y el concepto de algunos anarquistas.

Aquel sostiene que no hay lucha de clases. Y ya hemos visto que para probarnos esa tesis, sus sostenedores, ó sea, los redactores del mencionado diario, han hecho todo lo posible para desencadenar una lucha entre los mismos trabajadores, logrando completo éxito, desgraciadamente.

Pero esa gente no puede escribir un artículo sin contradecirse. Así es, pues, nos habla que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de ellos mismos, cuando en el mismo diario se nos ha dicho que no son los trabajadores los que han de emanciparse, sino que son todos: burgueses, militares, etc.

Los obreros forman una clase que si no es homogénea completamente, lo va siendo cada vez más, con la formación de sus organizaciones sindicales; con sus luchas que la desligan de la clase contraria. Y esta clase ¿de qué ha de emanciparse? De otra clase sencillamente. De otra clase que la tiene sometida á su voluntad, porque es la dueña de los medios de producción, de transporte, de la tierra, etc. La clase obrera, entonces, no debe emanciparse de dios, como ingenuamente dice el periodista que nos ocupa, sino que el acto de su emancipación consistirá en la expropiación de esos medios de producción, etc., á la burguesía y en la apropiación de ellos por parte de los grupos de productores.

¿Dónde se libra la lucha en la sociedad burguesa? En el campo de la producción y por el dominio del mismo. La huelga lo dice con toda claridad.

No es, pues, una lucha de sentimientos estéticos de los bellos ideales, ni de filosofía más ó menos vacua ó estrafalaria, sino que lo es de cuestiones económicas. Los sentimientos morales son una resultante de las condiciones económicas. Por eso los burgueses consideran justa, legítima su propiedad, mientras que los obreros, quien más quien menos, conciente ó inconcientemente, blasfema contra ella.

Propone á mil burgueses una quimérica repartición de sus riquezas entre los desheredados y todos contestarán con muchas frases de conmiseración hacia estos, pero todos igualmente se negarán á aceptar la proposición, pretextando ser injusta, pernicioso, etc. Propone á mil obreros la misma quimera y todos la considerarán justa y beneficiosa, aceptándola en el acto.

Ese modo de ver una misma cosa de dos modos opuestos, depende sencillamente de las condiciones en que se hallan los que la juzgan. Los sentimientos morales, pues, están subordinados á la materialidad de las condiciones económicas, quieráse ó no.

No hay que emanciparse de la idea de dios ó de los santos ó de otras abstracciones, no hay que emanciparse de palabras, sino de hechos reales.

Y si hay proletarios soldados, ya se dijo que á ellos hay que inculcarles el sentimiento de clase y de su personalidad, á fin de que no se presten á servir los intereses capitalistas. Y así con todos los servidores y defensores de la clase burguesa.

También el obrero rebelde que trabaja

contribuye al engrandecimiento de la clase que lo explota, pero él organiza la revolución liberadora. Ese hecho por sí solo nos prueba que no basta la conciencia, sino que hace falta potencia. La fuerza. Hace falta la unión que hace fuerte al proletariado, esa unión tan combatida por «La Protesta».

Nosotros queremos que las clases se dividan, se alejen, precisamente para dejar á la burguesía lo más débil posible, para el propósito de su destrucción. Los anárquicos de «La Protesta» quieren mezclarlas, unir las. No quieren la lucha de la clase obrera con-

tra la burguesa, sino la lucha entre los mismos obreros. ¿Porqué quieren eso?

Esto no lo hemos escrito para refutar á Gilimón, sino para evitar en lo posible la confusión que con tan buen éxito está introduciendo en la cabeza de muchos obreros que tienen la característica del loro: oír y repetir. Además, si esos obreros son loros, Gilimón es el rey de los loros por su verbalismo sofisticado. En tal sentido esto podría ser provechoso para conocer lo que no debiera desconocer nadie que maneje una pluma para ilustrar á los trabajadores.

EL PROGRESO Y LA ACCION OBRERA

(CONFERENCIA)

Hace tiempo se ha formulado una ley acerca de la psiquis humana, ley comprobada y comprobable, simple en su forma, sencilla en su contenido.

Ella concreta en admirable síntesis, el fondo antitético que constituye el substratum del conocimiento intelectual de la humanidad.

Por ella se establece que el pensamiento humano es un dualismo, un complejo antagónico, fundado sobre dos series de interpretaciones: mística y salvaje la una, positiva y científica la otra.

Este doble aspecto de la naturaleza intelectual del hombre, se pone de manifiesto en múltiples circunstancias que no son del caso enumerar.

Mencionaremos simplemente, para la primera, la regresión semil, que puede llevar á un cerebro equilibrado y poderoso, después de haber descrito una deslumbrante y soberbia parábola á revolverse en el estercolero del misticismo religioso.

Todo nuestro patrimonio intelectual, todo nuestro caudal científico es hijo del ambiente, está amasado en último análisis, con hechos, con realidades.

Cuando Hume y Loocke—epilogando el secular debate entre la escuela materialista y la metafísica—afirmaban que hay solo dos fuentes de conocimiento: la sensación y la reflexión; cuando Powell formulaba su ley acerca de la doble naturaleza psíquica del hombre, no hacían sino afirmar que fuera de la realidad ambiente, no hay conocimiento posible.

El ambiente de los comienzos humanos—cuando el hombre buceaba entre las sombras de la bestialidad, impulsado por lo inconciente y lo indeliberado, para substraerse al imperio adverso de la naturaleza—generó el lado místico y salvaje de nuestro pensamiento.

El hecho explicable y comprensible hoy—era entonces inexplicable, incomprensible, extra-humano.

Esta dificultad de comprender, que transformaba cualquier hecho, en super-natural—ha sido la primera impresión que las células cerebrales del hombre recibieron, para crear la modalidad mística de nuestra inteligencia.

La obra de los siglos ha podido anular, como manifestación dominante de nuestro pensamiento, al misticismo salvaje de la época primera, pero ella no la ha destruido en absoluto.

Perdura en nosotros por causas múltiples, puja por salir á la superficie y gravitar, ofreciendo campo fecundo y propicio para todas las ilusiones. En todas las épocas, como un reflejo de la condición intelectual primera de la humanidad, florecen ilusiones, surgen lirismos que á poco trecho son religiones, luego se cristalizan en dogmas y crean sus pontífices.

Hoy nos encontramos frente á una formidable ilusión: el misticismo fatalista del progreso.

Se habla del progreso, como de algo que se impone por sí mismo, que avanza impetuoso, que elimina obstáculos, que arrastra á la humanidad hacia un perfeccionamiento ilimitado.

Y bien. Esto es teología pura. Antes se creía en el dios providencia ahora se creó y se invoca al progreso providencia.

Y la nueva teología ha forjado su dogma: el mundo marcha.

Y el nuevo dogma tiene sus pontífices aun entre individuos que se precian de revolucionarios.

El progreso es ley del mundo, los estancamientos y los retrocesos no pueden ser más que acontecimientos transitorios, en la eterna andanza de la humanidad hacia adelante; así se expresaría un creyente del progreso que después de haber combatido á la vieja metafísica espiritualista, hace, á su vez, metafísica materialista.

El progreso no es una ilusión, pero no es, ni puede ser la causa eficiente del dinamismo social.

Descartada la interpretación mística y deista de la historia, en la cual la humanidad aparece realizando automáticamente un plan preestablecido por un poder super-humano: afirmada la concepción materialista de la misma—en la cual el hombre es el agente de la propia historia—inconciente primero, conciente, después, determinado, circunstanciado siempre, en los comienzos por el ambiente puramente natural en que desenvuelvo sus energías, más tarde por un

ambiente complejo y artificial—producto de su obra—afirmada esa interpretación objetiva como diría Antonio Labriola—que toma por base del movimiento social—la acomodación, la situación de los individuos y de los grupos en la producción y distribución de lo necesario para la vida y las consiguientes relaciones, que dicha situación crea—debemos concepcionar al progreso como subordinado á condiciones sociales determinadas, y no como motor de la humanidad.

Considerarlo como superior y distinto al complejo social, creer en él por sus bondades, ó por lo que sea; afirmar en su carácter de propulsor, de centro del dinamismo humano, es hacer metafísica pura, afirmar vacuidades, encerrarse en un círculo vicioso.

El progreso no explica—necesita ser explicado. El progreso no crea, es creado. El progreso es un reflejo social, determinado, condicionado por las formas de producción y distribución de la riqueza; por las multiformes relaciones de los grupos y las clases.

En tanto exista una diferenciación de la sociedad en clases, en tanto perduren los antagonismos de intereses y aspiraciones que dicha división trae aparejados, nosotros podemos afirmar—en oposición con los místicos fatalistas del progreso—que la marcha de la humanidad hacia adelante, que la progresiva continuidad de la civilización, solo puede ser mantenida y asegurada por la lucha de las clases.

Y aquí se nos presenta una cuestión importante.

Si el progreso constituyera una fuerza directriz, una categoría superior á la sociedad misma, debiera ser homogéneo, idéntico á sí mismo en todos los tiempos y lugares, como el alma en el concepto espiritualista.

Más aun, debiera ser continuo, ininterumpido, eterno.

Y la historia de las sociedades humanas demuestra lo contrario.

Dentro de un mismo pueblo, el reflejo progreso, varía de tiempo en tiempo, siguiendo las variaciones del substratum material; variaciones que la lucha interna de las clases, imprime al complejo social.

Y la comparación de las civilizaciones de diversos pueblos, en una misma época, permite establecer diferentes modalidades, de semejanzas profundas, á veces, cosa inexplicable, si no se interpreta al movimiento social, con el criterio que informa al materialismo histórico.

¿Y qué son, qué dicen esas sociedades fosilizadas, que no han ido más allá de un cierto límite?

Son la cristalización viviente de las fuerzas sociales antagónicas, aplastadas bajo múltiples causas, pues como dice con toda claridad Marx, en el manifiesto comunista, la lucha de las clases no siempre termina con la victoria de una de las dos clases en lucha, sino que puede resolverse en un aniquilamiento de ambas.

Y así tenemos rota, violentamente ó no, la continuidad del progreso. La civilización no avanza, el progreso es allí siempre idéntico á sí mismo—pero tiene la triste identidad del fósil—porque el dinamismo social ha cesado, porque la verdadera vida—que implica movimiento y transformación permanente, ya no existe.

Nadie se atrevería á hablar de un progreso fatal y necesario, superior á la humanidad misma, en los movimientos en que el caos y la hecatombe hacen presa de la sociedad, bajo el influjo de una revolución de clase.

Si más tarde, realizada ya la revolución, la sociedad continúa su marcha, la civilización brilla más intensa, es porque la clase revolucionaria, capacitada y fuerte ha triunfado, asegurando con su triunfo la progresión humana, y ofreciendo nuevas modalidades éticas, que corresponden á nuevas condiciones ambientales.

Sintetizando el desarrollo de la humanidad, podrían establecerse dos grandes períodos.

En el primero la humanidad tiene como base material la naturaleza tal y cual es, sin modificación alguna. En el segundo reposa sobre un terreno artificial—fruto de su acción, de su esfuerzo.

En la época primera bajo el influjo de la más fundamental de las manifestaciones de un organismo viviente, la conservación propia inconciente, indeliberada en sus comienzos, el hombre ha tratado de aminorar

el imperio absoluto y adverso de la naturaleza.

Determinada por el ambiente y de una manera inconciente, la humanidad transforma su primitivo sustentáculo natural, en un terreno artificial que le permite una nueva vida.

Ella solo ha podido tener conciencia de su obra únicamente después de terminada y cuando pudo establecer una comparación entre las dos formas de existencia.

La superioridad de la segunda sobre la primera, está demostrada por el empeño que la misma humanidad ha demostrado en su conservación.

Ahora bien; la diferenciación de la sociedad en clases y la división del trabajo son específicas del segundo período.

No tenemos porque engolfarnos en disquisiciones que no traerían beneficio alguno, para demostrar á que altura del desarrollo de la sociedad corresponde el comienzo de la división en clases.

Aceptemos el hecho real que la humanidad nos ofrece: el perpétuo antagonismo que de una cierta época hasta la nuestra, agita su seno.

La característica de las clases sociales es el dinamismo, el movimiento, la acción.

La acción de una clase, á menos de estar en un período de decadencia, no puede armonizar con la acción de la clase enemiga.

Toda clase que ha llegado á la conciencia de su situación, tiende á ensanchar su ambiente, la órbita en que se mueve.

Y este conflicto, este choque entre fuerzas sociales contrarias, que tienden á anularse recíprocamente, generan un perpétuo movimiento de transformación, que desemboca, cuando la clase oprimida se ha capacitado en una resolución social. Nuevos elementos y materiales creados por la lucha y nuevos ambientes generados por la acción, nuevas relaciones elaboradas por el movimiento y el combate de las clases, que tendrán su reflejo en un progreso, en una civilización, también, nueva.

Sentemos, entonces, nuevamente el concepto expresado al comenzar esta conferencia: el progreso no es un elemento superior y propulsor, es un reflejo; no determina, está determinado por condiciones sociales y finalmente, que hasta tanto la revolución proletaria no sea un hecho, el progreso será generado—en síntesis—por la lucha de clases.

El lleva en su seno las más grandes antitesis, porque es elaborado por la más fecunda y colosal de todas ellas: el antagonismo de clase, la oposición de los intereses y las aspiraciones.

La lucha de clases ha creado el progreso: por ella la humanidad ha recorrido una gran trayectoria, desde los estadios primeros hasta nuestra época, en que proletariado y burguesía se capacitan y chocan, dominando el vasto escenario de la acción.

Y el proletariado revolucionario intensificando su acción de clase, salvará de la decadencia al mundo, al determinar, con su revolución fecunda, un nuevo estadio humano.

¿Qué características ofrecerá el progreso una vez realizada y una vez triunfante la revolución proletaria?

Querer resolver ésto es imposible, sería hacer, á nuestra vez, metafísica pura.

Una sola cosa puede afirmarse.

La civilización no estará determinada, no será creada por un conflicto de clases, desde que ellas habrán desaparecido.

Y el grado superior de conciencia social, que implica una obra de tanta trascendencia, asegurará, indiscutiblemente, el dinamismo humano en el mundo de los productores libres.

EMILIO TROISE.

CONTROVERSIA SINDICALISTA-ANARQUICA

Organizada por el Grupo Anárquico «La Protesta» y algunos camaradas sindicalistas de La Plata, el domingo 21 de abril tuvo lugar allí una controversia entre el camarada Bernard y el ciudadano Ceccarelli.

La controversia debía versar sobre el tema: «Anarquismo y Sindicalismo»; pero como lo hizo observar Bernard—con mucha oportunidad—desde el comienzo de la reunión fué cambiado con otro más pertinente á los verdaderos intereses de la clase trabajadora, es decir: «Acción práctica de los sindicalistas en las sociedades gremiales y acción práctica de los anarquistas en las sociedades gremiales».

Habló enseguida Bernard é hizo una exposición clara y sintética de las varias teorías socialistas, que surgieron después de la Asociación Internacional de los Trabajadores: socialista parlamentaria, anarquista individualista y comunista, y, sindicalista, demostrando la superioridad de esta última frente á las otras, por su acción práctica y positiva en los gremios obreros y en general en la organización de los trabajadores. Sostuvo la necesidad imprescindible de la lucha de clases, que nace espontáneamente de la condición actual de la sociedad, fundada en la explotación de la clase capitalista, poseedora de todos los medios de producción y de cambio. Desechando por un lado las ventajas muy discutibles que puedan surgir de la conquista de los poderes públicos, arma principal de los socialistas parlamentarios, y por

el otro, las hipótesis y místicas concepciones del anarquismo, que funda su doctrina y propaganda en la sociedad del porvenir. Bernard demostró que la acción de los sindicalistas responde a la practica y realidad de la vida obrera y a las presentes condiciones de los trabajadores. Con este fin dirigen sus esfuerzos constantemente a la organización en el terreno económico, como conquista paulatina de la sociedad presente y preparación práctica, construcción inteligente de la sociedad futura. Los sindicalistas dijo—no combaten las ideologías de cualquier especie, sino propenden a evitar que las mismas dividan a los obreros en provecho de sus explotadores. Afirmó por último que la acción sindicalista se diferencia profundamente tanto del anarquismo como del socialismo estatal o parlamentario, y que es completamente nueva frente a las viejas tendencias en que se dividió la Internacional: que su obra en los gremios obreros es comprensible a todas las inteligencias, aún las menos preparadas a la lucha, y que por lo tanto realiza una verdadera unión obrera y revolucionaria, fundándose en el principio proclamado por Carlos Marx: La emancipación de la clase trabajadora debe ser obra de los mismos trabajadores.

Tomó la palabra Ceccarelli, en italiano. Habló del ideal anárquico de la revolución proletaria, y los mártires de Chicago, el congreso socialista de Génova, las matanzas de campesinos en Italia, las elecciones de Alemania, y otras cosas por el estilo; pero nada absolutamente nada de la «acción práctica de los anarquistas en las sociedades gremiales», que era el tema sobre el cual debía disertar y contestar a nuestro camarada. Fue la suya una alocución a base de gritos, de entusiasmos y de sueños, que es lo que gusta y atrae solamente aquellos obreros, cuya preparación es todavía rudimentaria y que por lo tanto, por un espíritu de rebeldía inconsciente, están dispuestos a aplaudir cualquier afirmación de principios, siempre que la misma se haga a gritos y tocando sobre todo la parte sentimental de la conciencia proletaria. Lo único que supo decir Ceccarelli fué que el sindicalismo no era otra cosa sino anarquía disimulada y que por lo tanto él también era sindicalista en este sentido; pero enseguida se contradecía a sí mismo, confundiendo las doctrinas sindicalistas con las socialistas parlamentarias, pues toda su contestación fué dirigida nada más que a combatir los métodos electorales del partido socialista —los de la *medaglietta*, para usar sus palabras—, olvidando que Bernard había manifestado desde el principio que los obreros individualmente pueden pensar y obrar según su conciencia, pero que la acción electoral y parlamentaria en las organizaciones de resistencia no forma parte, sino es reprobada, por el programa sindicalista.

Invitado Bernard a hacer uso otra vez de la palabra, manifestó que no tenía nada que agregar a su anterior exposición, pues Ceccarelli no había contestado a sus afirmaciones, ni había tratado el tema a discutirse.

Dicha afirmación produjo una explosión por parte del ciudadano que presidía la reunión, el cual, con palabras violentas y nada persuasivas, se desató en improperios y acusaciones contra algunos obreros sindicalistas de La Plata, acusándolos de haber provocado la controversia, por haber afirmado que el sindicalismo excluía la discusión de ideas en los gremios obreros y que los anarquistas habían sido los causantes del fracaso del Congreso de Unificación (*lo que es cierto*) por haber pretendido abanderar la organización obrera hacia una determinada tendencia ideológica (*muy cierto también*). El ciudadano presidente pretendió demostrar lo contrario, es decir que la votación sobre el comunismo-anárquico no fué nada más que un consejo, explotado ahora por los sindicalistas con el fin de perjudicar a la F. O. R. A. Volvió a la tribuna Ceccarelli, para decir que, según él, había contestado a Bernard y discutido ampliamente el tema propuesto. Acusó a Bernard de haberse retirado del Congreso de Unificación y a los sindicalistas y socialistas de ser la causante del fracaso del mismo, pues querían abanderar la organización obrera en la lucha electoral, y otras historietas de zarzuela, del género chico, las que estamos acostumbrados a escuchar desde hace 5 ó 6 años a esta parte. Habló de la Unión general de Trabajadores, constituida con el propósito de dividir y perjudicar a la clase trabajadora y con el único fin de hacer propaganda electoral (*lea los estatutos del Comité de Propaganda Gremial y el primer Reglamento de la Unión*). A este punto solicitó el uso de la palabra el compañero Galletti, quien —como Bernard—dijo que la controversia no se había llevado a cabo como era debido, sino que Ceccarelli tergiversaba sin contestar en nada a las argumentaciones del camarada sindicalista. Con esto provocó una nueva exposición del compañero Bernard, que volvió a repetir el programa y fines del sindicalismo, siendo interrumpido por uno de los presentes, un empresario pintor que ocupa el cargo de secretario de la sociedad «Obreros Albañiles» quien pretendía que Bernard declarara a secas si era comunista ó colectivista.

Este último contestó que no quería preocuparse, por ahora, de lo que pueda suceder en otro período de tiempo y que no siendo adivino, no podía tampoco pintar la constitución de la sociedad en el porvenir. Que el proletariado mismo, más desarrollado y más inteligente, se daría la organización a su

juicio, más oportuna, cuando llegara el momento histórico de su completa emancipación. Aquí todos, a la vez, querían tomar la palabra, armándose una consiguiente gritería, que es fruto de la falta de preparación, por parte de muchos obreros, a tal género de controversias. Un fulano Arnoldo Bruno, ó Narciso Bartolozzi, ó Alighieri (*¿el propósito, como se llama dicho individuo?*), en un lenguaje mixto de italiano y castellano, empezó algunos disparates haciendo la apología de la doctrina anárquica. Contestó muy a propósito el camarada Antonio Marconi, quien abogó por la unión y solidaridad obrera, invitando a los presentes a hacer obra práctica, organizándose y luchando, sin divisiones estériles, por la emancipación proletaria.

Volvió a hablar Ceccarelli: pero, debido a la hora avanzada y al hecho que se hacía inútil controvertir más, pues dicho ciudadano siempre se escapaba por la tangente olvidando el argumento en discusión, muchos compañeros (y entre ellos Bernard) se retiraron de la sala, dejando a los anarquistas el gusto de proclamar su victoria (????) en una discusión, que no tuvieron ni el valor ni la capacidad de afrontar.

¿La conclusión de todo esto?... Que las controversias, cuando se llevan a cabo en presencia de una mayoría no preparada sino al bochicho, que no razona, que no escucha, sino que aplaude porque sí, porque habla ó grita Fulano: con presidentes evidentemente partidarios de un bando en perjuicio del otro; con auditorio forjado de antemano y a quien se le pinta a la anarquía como la salvadora del mundo y a los sindicalistas como ambiciosos en busca de empleos ó de asientos en los municipios y parlamentos, no podrán dar otro resultado sino aquel que dieron en La Plata en esta ocasión. Sin embargo los obreros estudiosos, serios y preparados han podido darse cuenta que no se discute con puras charlas, chismes ó retórica ambulante, sino con la exposición clara y serena de los hechos comprobados por la ciencia y práctica de la vida; y en este terreno la victoria quedó completa ó indiscutible a la doctrina sindicalista.

UNO DEI TANTI.

## Hacia la degeneración

Queremos referirnos al manifiesto lanzado por la Comisión de la Sociedad de Carpinteros y anexos; manifiesto que vamos a transcribir para que nuestro breve comentario se refuerce con las impresiones y los juicios que sugiere su lectura. Dice así:

«Compañeros: En virtud de que *El Obrero en Madera* acepta y propaga la lucha de clases que nosotros negamos por considerarla perjudicial a las mismas clases, esta comisión ha creído conveniente pasarle la siguiente nota al C. F. de la F. del ramo en madera en la forma siguiente:

Al Consejo Federal de la F. en Madera—Esta comisión en la reunión del día 9 del corriente, ha resuelto no pagar más nuestra prorata para la salida del periódico, hasta tanto la asamblea no determine la conducta a seguirse.—*La Comisión.*»

La comisión entiende, que estando adherida esta sociedad a la F. O. R. A. cuya declaración de principios es tan amplia que caben en ella todos los individuos que pertenecen a cualquier tendencia política-filosófica, sin que se obstaculice su modo de pensar, cree que al sostener un periódico como *El Obrero en Madera* con su concurso pecuniario es un contrasentido, por cuanto dicho periódico se dedica única y exclusivamente a la lucha de clases, la que nosotros consideramos perjudicial al obrero, y dada la parcialidad que reina en la redacción, creemos un deber de exponerlo a consideración de la asamblea, etc.—*La Comisión.*»

He ahí el manifiesto a que aludimos, y con respecto al cual los comentarios huelgan. Es demasiado viva y aguda la impresión repugnante que provoca, para hacer indispensable consideraciones explicativas.

Cuando tales cosas se sancionan (la asamblea no desaprobó, ni censuró el manifiesto, y en cambio resolvió retirarse de la F. en Madera) todo está consumado en el sentido de relajación de la lucha obrera.

Como obra de ignorancia, de decrepitud, de infamia y de cobardía, no puede pedirse una cosa mayor. Rechazar la *lucha de clases* por una sociedad gremial, es sencilla y claramente, negar su propio origen, negar su historia, negar su porvenir. Es condenar su vida pasada, rebelarse contra su vida presente y renunciar a su existencia futura.

El sindicato de carpinteros a igual de toda otra organización obrera ha nacido como un producto de la lucha; tiene su razón de ser en la necesidad incontenible, por parte de los obreros, de *guerrrear* con los capitalistas, de resistir a sus abusos con la fuerza que da esa coalición proletaria.

Y cuando en un manifiesto se afirma que la lucha de clase es perjudicial, sus autores reniegan y condenan el origen de la organización a cuyo frente se encuentran.

El sindicato de carpinteros, como toda otra organización, tiene una historia ó debe tener una historia constituida por una serie de *luchas* contra la clase capitalista; ha vivido por y para esas luchas; y nunca se habrá sentido más fuerte y lozano que en medio de esas batallas intensas y fragorosas. Es que la organización como fruto de la *lucha*

solo puede vivir en el ambiente tonante de la *lucha*.

Y cuando en el aludido manifiesto se calificaba *la lucha de clases* como perjudicial para los obreros, no se hace otra cosa que repudiar, que condenar la historia y la vida de la propia organización.

Además, el sindicato de carpinteros debe haberse establecido como propósito fundamental el de bregar por la emancipación obrera. Pero el contenido del manifiesto en cuestión implica, clara y sencillamente, la renuncia explícita a tales anhelos; porque para todo el mundo, menos para los ignorantes y los de mala fé, los trabajadores sólo podrán emanciparse a través de una *lucha* gigantesca, cruenta, dolorosa, de sacrificio y de sangre contra el predominio económico y los poderes autoritarios de la clase capitalista. El porvenir del proletariado está, pues, todo resumido en la aceptación y realización de esa *lucha*. Rechazar a ésta, es renunciar a emanciparse. Y sólo a través de ese combate llevado a sus últimos extremos, los trabajadores pueden adquirir las actitudes, la capacidad indispensable para instituir un nuevo orden social, para crear una nueva civilización, para afirmar triunfalmente su personalidad de obreros y de hombres.

El manifiesto transcrito, se opone y niega todo esto, al rechazar la *lucha de clases*. Y bien nos lo hacía saber el anárquico Barricada, miembro de la Comisión de Carpinteros, cuando en el Congreso de Unificación, manifestaba que la *lucha de clases* era *inhumana*, por cuyo motivo el ideal anárquico era superior ó mejor.

Este es un desatino y una barbaridad incomparable. Ningún ideal de liberación humana puede prescindir de la *lucha de clase*: esta constituye el secreto dinámico que ha de decidir del porvenir social.

Un ideal que condene esa *lucha* solo puede ser el *ideal de los capitalistas*, quienes no pierden un minuto, ni ahorran un esfuerzo en desorganizar esa *lucha*, degradando *la fuerza* con que los trabajadores concurren a ella.

O bien, el ideal de los impotentes, de los débiles, de los cobardes, de los vencidos de la vida, ya que la vida solo se afirma y se desenvuelve en la acción, en el combate.

La cuestión es sencilla, y no exige mayores digresiones. Su solución es de hierro: renunciar a la *lucha de clase*, es renunciar a la vida.

Por eso decíamos al principio que: condenar la *guerra social* por una organización obrera, es, clara y sencillamente, negar su propio origen, negar su historia, negar su porvenir. Es condenar su vida pasada, rebelarse contra su vida presente y renunciar a su existencia futura.

Todos los trabajadores sensatos y viriles habrán de censurar este hecho.

Pero habrán de regocijarse los redactores del diario *La Protesta* y sus secuaces.

Su obra policíaca tiende a consumarse. Conquistaron evitar la unidad sindical; han desencadenado la guerra entre los obreros: han relajado el espíritu de solidaridad que los unía; han sembrado la decrepitud en el seno de sus organizaciones. Y hoy su prédica contra la *lucha de clase* empieza a fructificar, como lo acredita el manifiesto comentado.

Pueden sentirse satisfechos, colmados, contentos. Tienen porque estar contentos.

Y si persisten, nuevos goces les espera: la ignorancia de los obreros, es campo excelente para el triunfo de tales pillerías.

## EN EL EXTERIOR

### JAPON

#### Industrialización del Japón y revueltas obreras

Es sabido la rápida ascensión de este pueblo en el concepto de la aplicación de sus energías al surgimiento de un medio social marcadamente burgués.

Con la misma despreocupación por todo escrupulo moral, con la misma intrepidez para salvar todos los obstáculos y para satisfacer todos los anhelos de conquista, de poder y de riqueza, la burguesía japonesa ha impuesto el triunfo omnimodo de su clase, dando a la sociedad de aquel país el sello característico de su dominio.

Y con esto ha producido como su efecto fatal, un pueblo obrero miserable, ignorante, sometido a las peores condiciones económicas, políticas, etc.

Su concurrencia al mercado internacional le ha planteado serios problemas de política y *lucha comercial*. Con tal motivo, los dominadores japoneses, han agregado otra calamidad más al pueblo trabajador: la que emana de un estado de guerra, ó de posible guerra, más la ponzoña patriótica.

Como en los otros países de los continentes europeos y americanos, también en el Japón se despilfarran hermosa fuerza de trabajo en la fabricación de elementos de guerra.

Así, hay por lo menos 500.000 hombres trabajando en los dos grandes arsenales militares del Mikado.

En el astillero naval de Kuré, que quince años atrás era un pequeño puerto de pesca, no hay menos de 90.000 mecánicos, artesanos y demás trabajadores allí concentrados.

Pero junto a estos obreros en instrumento de muerte, hay otros cuya producción co-

## PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

Capital y provincias, por trimestre . . . 0.60  
Idem idem por semestre . . . 1.20  
Exterior, por año . . . Oro 1.20

responde a los artículos de primera necesidad, y los cuales tienen conciencia de su utilidad y de su fuerza. En repetidas ocasiones ellos han demostrado que anhelan poderosamente mejorar su suerte y alcanzar su completa emancipación.

Una importante huelga estalló hace poco en las minas de cobre de Ashio, á consecuencia de no haberse concedido un aumento de salario que fué demandado.

La acción directa se practicó con la mayor energía.

Los huelguistas han cortado todos los hilos eléctricos, é hicieron estallar las galerías con dinamita.

Además amenazaron con incendiar los establecimientos de explotación, si no se hacía lugar a sus pretensiones. Y como en todas partes, se enviaron soldados para quebrar la resistencia obrera.

Los obreros de los astilleros marítimos de Nagasaki, también se han lanzado á la *lucha* reclamando la jornada de diez horas y un aumento de salario.

## Obreros del puerto

Una vez más se encuentran en *lucha* estos trabajadores bregando por el enaltecimiento de sus condiciones de vida.

A su demanda de aumento en los salarios, los capitalistas han contestado negativamente. Esta actitud es siempre de presumirse. Los explotadores aman mucho, sienten un apego furioso a sus ganancias, para desprenderse, buenamente, de una mínima parte de ellas, cualquiera sea el concepto y la justicia de la demanda.

Esto ha provocado la huelga de todos los obreros de la ribera. Los trabajadores que ya no piden, ni mendigan, porque conocen su derecho y presienten su fuerza, sancionan, afirman su demanda haciendo efectivo su gran argumento y su mejor amiga: la huelga.

Así lo han querido los capitalistas. En ella, como en cualquier trastorno de la actual economía social, los obreros no tienen nada que perder, y en cambio tienen mucho que ganar.

Por lo menos reciben la impresión de su poder, y se capacitan en la tarea que guarda el secreto de su emancipación: aprenden a morder, a pelear; exaltan y desarrollan el heroísmo y la audacia tan necesaria en su *lucha* gigantesca.

## ADMINISTRATIVAS

Se ruega a los siguientes suscriptores quieran comunicarnos su domicilio á los efectos de la remisión del periódico:

Luis Coch, Emilio Gianoli, Francisco Marino, Juan Posé, Santiago Abate, L. Bonifacio, J. Arcari, J. Pinchinatti, Carlos M. Box, A. Tomaino, J. Jarabini, J. Landan, J. Faria, Adolfo Tiburzi, José Salaine, Enrique Arenz, Elías Batista, Rodolfo Camacho, Leonardo Firpo, Ernesto Nasale, Andrés Melo, Emilio Nelson, Oreste Schiuma, Romeo Sebastino, Benigno Libertá, Adolfo Rigalato, Juan Sánchez, José López, Dante Matta, José Ballester, M. Medina.

### DONACIONES

E. B. U., 0.20; C. Bianchi, 0.40; Urraco, 0.60; F. Primelli, 0.20; Lista N° 5, 1; José González, 1; Sociedad Ebanistas y Similares, 51.20; Escultores en Madera, 25.

Para todo lo que se refirió al periódico dirijase la correspondencia á nombre de su administrador, compañero Ernesto P. Piot. Solís 924.

### DEFUNDO

## La Acción Socialista

## L'AZIONE

DIARIO SINDICALISTA

DIRECTOR: E. LEONE — ROMA

Los compañeros que desearan suscribirse pueden dirigirse á su representante en esta capital, camarada *Gino Zamdegiamco*, calle Reconquista 487.

Suscripción mensual \$ 1.50.